

“EL ÑATO” (Semblanza del Profesor Juan Martínez)

Se acerca con el paso rápido y menudo, las manos tomadas hacia atrás en la espalda, el guardapolvo impecable, el estetoscopio rígido de madera en el bolsillo. Las canas bien ordenadas que adornan los costados de su calvicie; en el centro del rostro, una nariz deprimida a la altura del tabique (justifica el apodo), y un rostro bueno, con gesto apenas sonriente. Lo veo aproximarse a la cama del hospital en donde, ya perturbado por su presencia, intentaba palpar el abdomen de un paciente. Se detiene cerca y sin levantar la cabeza percibo que me observa. A pesar de la incomodidad, continúo en mi tarea que se interrumpe ante su pregunta. Al mirarlo su sonrisa era amplia, dibujaba toda la bondad que luego reconocí inalterable en el tiempo.

El Ñato: Siempre examina así a los pacientes?

Practicante menor: No entiendo a qué se refiere, Doctor.

Ñ: No se incomode, al contrario, me alegra su dedicación.

P: Yo participé en sus dominicales pasajes de Sala en el Hospital Sáenz Peña.

Ñ: No lo recordaba

P: Fui sólo en tres ocasiones.

Ñ: Pero ¿por qué relaciona lo del Sáenz Peña con ese atributo?

P: Lo observé a Ud. y antes no había presenciado un examen tan minucioso.

Ñ: ¿Dónde piensa hacer el Practicanato Mayor?

P: Si puedo, en su sala, la 12 (Clínica Médica).

Esta charla fue la antesala de un vínculo que duró hasta su muerte.

A todo esto, será preciso aclarar que si bien tenemos muchos “ñatos” en circulación, ñatos y ñatas, buenos, calvos, bajos, algo regordetes, pero para la medicina rosarina “El Ñato”, es único e inconfundible, constituye una figura señera, una forma muy particular de hacer la profesión, un estilo de relación médico-paciente, que sin ninguna técnica psicológica, lograba acercarse profundamente al sentir del paciente y dedicarse con una intensidad pocas veces vista en nuestro conocimiento.

Se había ido de la Universidad como la mayoría de los docentes, en el año 1946, y muy pocas veces lo escuché hablar con rencor del gobierno responsable de su salida. Tenía una particular resignación que se parecía a la religiosa. Aceptaba las limitaciones propias y ajenas sin resquemores, y paradójicamente, tenía un contagioso optimismo para su vida y para el pronóstico de los enfermos.

De una corrección jamás perturbada en los 25 años de contacto asiduo, nunca tuvo una actitud sospechable de irregular, ni con los colegas, ni con sus

alumnos y menos con los pacientes. Respetuoso—hasta el hartazgo— de las incumbencias, sólo en la intimidad se quejaba de que “a los clínicos en el futuro solo nos quedará el ombligo”. Buscando en el recuerdo algún gesto o actitud hostil por errores evidentes o inadecuado comportamiento, hacia colegas o personas vinculadas, no rescato ninguno. Creo que su bondad no le permitía una reacción extemporánea. De un trato prodigiosamente amable, el enojo circunstancial era de muy acotada resolución. Para avallar ese perfil, incontables anécdotas integran el recordatorio.

Julio de 1966, una madrugada de domingo, en la casona de Montevideo y Oroño, un paciente con vértigo severo no acepta mi diagnóstico de médico reemplazante del Maestro, y exige un llamado a Funes, donde el Ñato pasaba los fines de semana. El trámite no era sencillo: los conmutadores manuales y la hora complejizaban el procedimiento, pero al conectarnos, con la voz somnolienta de las tres de la mañana, le contesta con simpleza y bonhomía: “*Don J., su mareo es mucho ruido y pocas nueces*”. Con esa frase el vértigo dejó de ser una angustiada duda y nuestro circunstancial paciente se calmó.

La tendencia tan enraizada de los médicos en especial, y de la población en general, de la queja como mecanismo compensatorio, no existía en él. Era infrecuente escucharlo protestar por la burocracia entronizada en nuestras instituciones universitarias, y siempre intentaba derrotarla con el voluntarismo. Respetuoso del tiempo de los demás, prefería no dar turnos extras, y orientaba a los pacientes a otros médicos para evitar esperas desmesuradas. El horario de 14 a 14 y 30, para evacuar las consultas telefónicas, fue un ritual hasta que dejó la profesión.

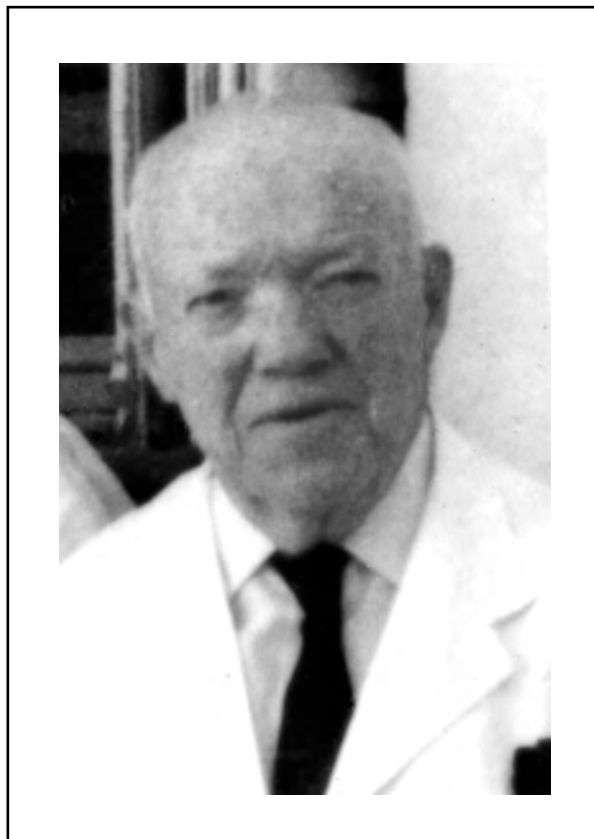
La época de su actividad, con un concepto muy hegemónico de la tarea médica, determinó un vínculo particular con el paciente, a pesar del cual los enfermos desarrollaban un especial afecto, no tan ligado al acercamiento, poco habitual en ese tiempo, sino al respeto a su compromiso con la tarea, y el “sacerdocio”, que él consideraba una palabra adecuada. Había sido formado en el concepto de la ética y la responsabilidad.

Su consultorio y domicilio particular, de calle Santa Fe al 600, siempre fue alquilado, pero consideró que no era necesario firmar un contrato, razonamiento que el propietario aceptaba por el perfil del locatario.

Prudente y muy considerado en los honorarios, se preocupaba especialmente en evitar gastos innecesarios a los pacientes. Una mañana de invierno del año 1966 en la que coincidimos en la llegada a la Facultad, al verme descender de un ómnibus, bromeó con un “*Qué auto grande que tiene*”, pero esa mañana habló con el Decano, para acelerar los trámites del retrasado concurso de Jefe de Trabajos Prácticos. Detrás de la broma, estaba la preocupación por los ingresos de la gente que trabajaba con él.

Tenía un enorme sentido común. Jamás se entusiasmaba con los diagnósticos exquisitos. Por el contrario, con una sencillez desprovista de vanidad, podía diagnosticar la infiltración del psoas en un linfoma, corroborada en la primera reunión anatómo-clínica “Juan José Staffieri”, realizada en el Anfiteatro Central. Sólo una leve sonrisa de satisfacción se esbozaba, pero parecía que el destino del éxito se dirigía a la dedicación, no hacia él.

Al fundar la Sociedad de Medicina Interna, le entusiasmó mucho la idea, pero intentó eludir la presidencia por el rechazo que tenía a las nominaciones o



figuraciones. Sólo aceptó considerando la necesidad del procedimiento. En otras palabras, su pasión era la tarea médica, en cualquier ámbito que se desarrollara. Las noticias diarias las recibía de la lectura del diario que hacía su hijo mientras se desplazaba en el auto modelo 46 que fue el único que le conocí en los años de contacto.

Le apasionaba tanto ser soldado raso y pelear en las trincheras, que se sentía mucho más cómodo pegado a la cama del paciente hospitalario que subido a los estrados de los anfiteatros dictando una clase teórica. No era un orador atrayente, pero era tan sabio y atildado en sus conceptos, que las clases dejaban siempre un aprendizaje sólido de contenidos de vigencia permanente.

Nunca se entusiasmaba demasiado con las nuevas drogas. En una época desprovista de la Medicina Basada en la Evidencia, tenía una prudencia infinita en la administración de medicamentos. Usaba con eficacia la Droga-Médico, y la prefería. Sus recetas eran escuetas, y estaba entrenado para morigerar la exigencia exagerada de pacientes ansiosos de medicación.

Simple en sus recursos, investigaba la hipoacusia con su reloj de bolsillo. Siendo un consultor de excepción, no desdeñaba lo sencillo y el paciente dolorido encontraba alivio, percibiendo la dedicación que ponía para aclarar su origen y apaciguar las molestias.

Seguramente el estilo del “Ñato” nos deja esencialmente la importancia de la dedicación al paciente,

por encima de todos los demás atributos posibles de la tarea médica. Era su prioridad, su fundamento, su menester y su principal motivación. Quizá una cuota básica de ese ingrediente mejoraría cualquier sistema de salud del mundo.

CARLOS A. YELIN
Rosario, marzo de 2007

Datos sobre la vida y actividad del Profesor Dr. Juan Martínez

Nace en Rosario el 6 de julio de 1900.

En 1919 ingresa en la Facultad de Medicina de la ciudad de Córdoba.

Se gradúa en el año 1924.

En 1935 es nombrado director del Hospital Nacional del Centenario.

En 1936 es nombrado Profesor Adjunto de Clínica Médica.

En 1939 presenta la Tesis del Doctorado con el tema “Absceso Amibiano de Hígado”.

En 1946 renuncia al cargo de Prof. Adjunto de la Universidad y se dedica, en forma intensiva, al Hospital Sáenz Peña, en donde, desde el principio de la década del 30, ya realizaba tarea docente-hospitalaria.

Retorna a la Universidad –sin abandonar el hospital de sus preferencias– en el año 1956, como Profesor Titular de Clínica Médica.

Se jubila en la Universidad en 1968, continuando con su actividad privada.

Fallece en el año 1990.

Aclaración: Todos los datos históricos son de cuño personal. Si hubiere errores pido disculpas a la familia.

Debemos ser felices aunque sea sólo por orgullo.

JORGE LUIS BORGES